



Erasmo Zarzuela Chambi
Tilitero, óleo de 60 x 40cm.

Visión profética

A veces se me ocurre una visión profética, una hermosa visión de un milenio en que Manhattan será lenta, y en que el buscavidas norteamericano se convertirá en un holgazán oriental. Los caballeros norteamericanos flotarán con faldas y pantullas y ambularán por las aceras de Broadway no con las manos en los bolsillos, sino con las dos manos melidas en las mangas, a la manera china. Los agentes de policía cambiarán una palabra de saludo con el pausado conductor en una esquina, y los mismos conductores se detendrán y se juntarán y se preguntarán por la salud de las abuelas en medio del tránsito. Alguien se cepillará los dientes frente a su tienda, hablando plácidamente a la vez con sus vecinos, y de vez en cuando se verá a un estudioso distraído, que cruzará la calle con un volumen metido dentro de una manga. Serán abolidos los mostradores para tomar apresuradamente el almuerzo, y la gente se recostará y se dejará estar en suaves sillones muy hondos, y otros habrán aprendido el arte de pasar toda una tarde en un café. Un vaso de jugo de naranja durará media hora, y la gente aprenderá a saborear el vino en lentos sorbos, interrumpidos por deliciosas frases en la charla, en lugar de tragarlo de golpe.

Lin Yutang en: *La importancia de vivir*



el duende

director: luis urquileta m.
consejo editor: alberto guerra g. (t)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
castilla 448 telfs. 5276816-5288500
e-mail: duendejulia@hotmail.com
jgarcia@zofro.com

La palabra buscada

Había estado buscando la palabra perfecta durante más de dos años. La palabra que fuera ganadora, insustituible, impactante, poderosa, dulce, sintáctica, abrazante, cadenciosa, oíll, lucida, sensual, atractiva y luminosa. Una palabra alborada de secretos y callejones. Se mostraría coqueta al deslizarse lentamente para no torcer sus tacones en el empedrado de la lengua y lo suficientemente camuflada para pasar desapercibida frente a su inminente desaparición.

Buscaba la palabra que no denotara peligro alguno si de pronto cayese en oídos moldeados por el golpe y el susto. La palabra escondida más allá de las páginas quemadas de las bibliotecas, más allá de las millones de palabras que nadie sabe dónde fueron a parar, si en las enmudecidas bocas de sus dueños muertos o de sus desaparecidos guardianes. Escondida en la perfección de un ave, esa palabra provocaría urticaria en los sistemas verticales.

Había estado buscando la palabra con método: Por descarte, por asociación, por tamaño, por significado, por sonoridad, por textura, por su antigüedad, por su capacidad de silencio. La palabra que nadie pudiera encontrar con facilidad ni por coincidencia. La palabra como signo de un lenguaje arraigado en todas las formas posibles de habla; la que tuviera la capacidad de erigirse como pez o como soldado.

Se había preguntado también a quién le podría interesar esta inesperada necesidad de la palabra cénica. Quizás, se decía, la frutera de la esquina tenga esa palabra entre todas sus palabras. A lo mejor, el minero de socavones profundos conocería esa palabra a profundidad en un ritual de abismo y hambre. Tal vez el profesor de Literatura o la peluquera con manos de piedra. La probabilidad de que casi todos la tuvieran, a excepción de los reductores, se le hizo una certeza.

Se dio el suficiente tiempo para caminar escuchando, leyendo en los labios, mirando de reojo los escritos, asistiendo sin estacionarse, a las iglesias, para abstraerse del sermón y escuchar con atención las oraciones murmuradas que devuelven las paredes. Se dio el tiempo para treparse a cualquier movilidad con pasajeros para escuchar, no para entender.

Descubrió de esa manera en cada ser una palabra cénica, escondida, personal, etérea. Guardada, cuidada como oro. Comprendió también las razones para tal cuidado, comprendió que en estos días la palabra perfecta debe ser, por lo menos, silenciosa e invisible. No por ello ausente.

Anteo El Niño.



Nostalgia

Esta tarde sin sol, el frígido lamento de la naturaleza se ensaña con nosotros. Parece olvido. No ha parado de llover y un prolongado hastío se resiste a la noche. Las sombras contagian su penoso alar. Extraño el resplandor de los días calurosos. La lluvia horada los sentimientos y me siento vulnerable en este vacío. El fondo gris hiere mi voz, aflora la nostalgia, estoy solo. Hace mucho la herida del corazón me ha entregado a la muerte. Son más de sesenta días desde que ella, mi primavera, partió arrancándome la vida.

Cómo confinarle a la desmemoria, si contigo las rocas destilaban pureza y a veces, rojas de pasión, con su particular léxico, eran descifrables sólo en el amor; aquellos días en que cada letra, convertida en palabra, cada palabra en frase y cada frase en verso, irrumplían nuestra tranquilidad, entemeciéndonos entre lágrimas e ingenuidad. El manantial de nuestras miradas era suficiente para alimentar el corazón de prohibidos deseos.

Es increíble olvidar la primavera cuando nuestros labios urgían encontrarse, innumerables en loca pasión y éxtasis total. El amor nos puso frente a frente, piel a piel, sin taboos, prejuicios ni inhibiciones. Prendidos tanto que no cabía el frío; Átu sexo me extrañara ahora? Llegábamos al séptimo cielo amándonos en climax divino.

Sonreías sellando mis labios con tus besos mientras nuestras manos se buscaban por enésima vez. Aquellos días ya no volverán. Con un "te amo" comenzó mi desdicha y con tu negación mi calvario. Me supe relegado, mutilado y asesinado. Tu falsedad acabó conmigo, mientras yo, remedo de ave fénix, renacia de las cenizas aun cuando me tenía confinado.

Son las 4:45 de la mañana y me deprime culminar este relato. Si lo habrá mi corazón que sufre en cada palabra, porque el amor duele como tu recuerdo. Todavía está lloviendo y la nostalgia ha vuelto para quedarse.

Edgar Soliz Guzmán, Oruro.